



El regaliz es otro de los productos silvestres que comercializa Antonio Casas. En la imagen, en la estación de ferrocarril de Corella.



Antonio Casas recoge gayuba, en el monte de la Alcarama, en Valdemadera.

gocio. De hecho, este alfareño afincado en Corella tiene nuevos planes para el futuro. "De no ser que cambien mucho las cosas en estos días; es decir, que pueda dar buena salida a la gayuba que tengo almacenada —de 400 a 450 ptas/kilo-, voy a dedicarme principalmente al cultivo. Alquilaré algún monte para recoger de forma muy selectiva pero la actividad principal será el cultivo", señala Antonio con determinación.

Su nuevo planteamiento tiene una consigna principal: "quiero producir menos cantidad, pero muy seleccionada, de muy buena calidad, e ir directamente al consumidor. Y para laboratorios sólo serviré sobre pedido". De esta manera quiere evitar los sobresaltos del pasado año, que no le compraban ni a 300 ptas/kilo, cuando los costes de producción alcanzan ya las 275 ptas/kilo. La mano de obra para la recolección es muy cara (40 ptas/kilo) y el proceso de secado y selección de la hoja muy laborioso. Además, la merma es significativa: de cada seis kilos recolectados, se obtiene un kilo de gayuba lista para vender. "Hace tres años vendí a 500 ptas/kilo y este año no me la compran ni a 300. ¿Qué te parece?". Es, evidentemente, una pregunta de la que no espera respuesta. Bien sabe él cuál es.

Los 50 kilómetros de curvas que separan Corella de lo alto de la Alcarama dan mucho de sí para hacerse uno preguntas sin respuesta. "Nada, me he desengañado. Esto tiene un trabajo tremendo y en condiciones muy duras; luego, te viene un año malo y ¿qué haces?". Para esta pregunta Antonio ha encontrado una respuesta categórica: cambio de rumbo.

Este año va a recolectar sólo unos 3.000 ó 4.000 kilos de gayuba, muy bien seleccionada, y también piensa cultivar cuatro o cinco hectáreas en regadío con

unas cuantas variedades de plantas aromáticas y medicinales (tomillo, romero, valeriana,...). Las envasará y las destinará a la venta en herboristerías. "Es un mercado más seguro. Pagan algo más y trabajas con menos volumen, pero de mayor calidad. Además no conllevan tanta mano de obra", dice Antonio mientras llegamos a la vía del tren, en cuyo andén, un empleado se afana en desenredar una maraña de raíces de regaliz, otra de las plantas que recoge en el campo. "¿Sabes de dónde viene el nombre de gayuba?". Para esta pregunta sí tiene respuesta: "Del latín uva-ursi, que significa uva de oso. ¿Qué curioso, no?". Pues sí.

Charo Gutiérrez Granja de avestruces Aldealobos de Ocón

Lo primero son las presentaciones: "A esta hembra le puso mi hija Carla, como una gata que teníamos cuando vivíamos en Logroño. El macho, como es negro, se llama Macumba, pero le llamamos Macu. En este otro cercado, a este macho tan grande le pusimos Espartaco y las hembras son Marujita Díaz y Tita Cervera. Y en aquél está Cayetano con la Mar Flores". Charo Gutiérrez echa una carcajada de buena gana y agrega: "al principio mi hija y sus amigos les pusieron los nombres en las cercas, imagínate".

Este culebrón de ficción se desarrolla a escasos 30 kilómetros de Logroño, en el municipio de Aldealobos, en pleno corazón del valle de Ocón. No han ido mal encaminados los chavales del pueblo en elegir los nombres para los avestruces de la única granja riojana con este ganado, puesto que la expectación que despierta compite de tú a tú con los personajes de

la prensa rosa. "Hay días que vienen a verlas más de 30 personas. La verdad es que, sobre todo al principio, llamaba mucho la atención". No es para menos. A pesar de haberlas visto por la tele un centenar de veces, en persona imponen: sus dos metros de altura y más de cien kilos de peso, sus largas y robustas piernas rematadas por dos dedos como garras, la cabeza pequeña y el cuello cimbreante y su alborotado plumaje (negro en los machos y gris en las hembras). Acostumbrados como estamos a que las aves tengan una dimensión mucho menor que la nuestra, el avestruz impone, ya lo creo.

Tras las presentaciones, Charo Gutiérrez responde a la pregunta obligada: ¿cómo se le ocurrió poner una granja de avestruces en La Rioja? "Lo leí en el magazine de El Mundo y me pareció muy buena idea". "Quizá, agrega, los pusimos demasiado pronto porque sólo había tres granjas en España y no había mercado todavía para la carne de avestruz".

Los primeros animales que trajeron a la granja, de padres de Namibia, fueron



Espartaco, el avestruz más coqueto de los nueve ejemplares que hay en la granja.

dos tríos (dos machos y cuatro hembras) procedentes de Gerona. Con ellos han llegado a formar una familia de cerca de cien avestruces. No es de extrañar si se tiene en cuenta que cada avestruz hembra pone en torno a 25-30 huevos durante el periodo de puesta, que va desde febrero o marzo hasta octubre o noviembre. "Un día sí y otro no, ponen un huevo y cada cierto tiempo (dos o tres veces) hacen paradas que duran unos 10 días. En estos momentos están en parada". Aún así, Espartaco, ahueca las alas y se bambolea agachándose hasta el suelo para atraer la atención de las hembras. Pero Marujita y Tita todavía no están de humor y corretean por el cercado como si con ellas no fuera la cosa. Y, al parecer, según explica Charo Gutiérrez, no va con ellas, nos está saludando a nosotras. Bien, sigamos.

La puesta la hacen en las zonas más elevadas del cercado donde hay mejor visibilidad, ya que son animales con gran agudeza visual y buen oído y cualquier obstáculo visual o ruido puede provocarles situaciones de estrés, que incluso les puede acarrear la muerte. "Son animales histéricos y ellos mismos se matan. No aguantan la soledad, ni soportan el encierro. A partir de los tres meses tienen que estar al aire libre. Si están encerrados y oyen ruidos, al no poder correr pueden llegar a matarse", cuenta Charo Gutiérrez. La periodista debe poner cara de incredulidad porque insiste: "que sí, que es cierto. Incluso les dan infartos. Un día, cargando un camión, como les ponemos una

capucha para poderlos manejar mejor, empezó uno a respirar fuerte y lo tuvimos que matar en el momento porque se nos iba".

Una vez puesto el huevo, que puede llegar a pesar kilo y medio, se traslada a la incubadora donde permanece en torno a mes y medio. Durante este periodo es cuando más bajas suele haber, de media, un 10%. La infertilidad del huevo depende de los machos. "Ves a Macu, tan pequeño, pues es el mejor macho que tenemos, tiene muy pocas bajas. En algún momento pensamos en cambiarlo porque al ser tan bajo puede tener problemas para aparearse. Pero, qué va, no lo quito. Es un machote". Como si nos hubiese oído, Macu se coloca a nuestro lado y eleva el cuello con orgullo. "Qué curiosos son, es increíble".

Durante los tres primeros meses de vida, el avestruz tiene que recibir ciertos cuidados porque es su periodo vital más vulnerable. "A partir de los tres meses, aguantan todo. Yo los he visto con churros de hielo cayéndoles de las plumas sin inmutarse".

Durante los cinco años que han transcurrido desde que Charo Gutiérrez y su marido pusieran la granja, la coyuntura económica de este tipo de ganadería ha pasado del negro al blanco. Si en los inicios no había mercado para este tipo de carne, este último año no hay suficientes animales para abastecer la oferta. La razón de tan espectacular vuelco hay que buscarla en el problema de las vacas locas, pero también en la inercia de los propios consumidores. "Yo creo que poco a poco se hubiera introducido porque es una carne buenísima y todo el que la prueba repite, pero, es cierto que influyó mucho la crisis de las vacas locas", asegura.

También el planteamiento inicial de esta familia ha evolucionado hacia la ló-

gica especialización. Cuando crearon la Granja Riojana de Avestruces, todo el ciclo se realizaba en la explotación: incubación, engorde y venta de pollos. Ahora han quitado la sala de incubación y piensan en dos opciones: llevar los huevos a incubar a Los Arcos (Navarra) y luego engordar ellos los pollos; o bien comprar las crías directamente para engorde. Los huevos, aunque no tienen un mercado específico, también proporcionan ciertos ingresos mediante la venta directa en la explotación. Por término medio, un huevo de avestruz cuesta unas 4.000 pesetas; si está vacío, unas 1.500. El aspecto de porcelana brillantada hace de estos huevos un objeto muy apreciado para decoración. Excepto este año, todos los demás han vendido los pollos para carne, bien a clientes extranjeros (belgas y franceses, principalmente) o, a través de la cooperativa catalana a la que pertenecen. De un avestruz de 110 kilos se sacan unos 35 de carne. El sacrificio se realiza en una sala de despiece habilitada para estos animales en Los Arcos. "En vez de vender el avestruz entero (a tanto el kilo), lo más rentable es buscar tus propios clientes y matar, porque, además de lo que sacas de la carne, aprovechas también la piel, que en un buen momento puede llegar a costar unas 18.000 pesetas".

¿Y el futuro? "Muy bien. Pleno que tiene que mejorar para el granjero, una vez que se estabilicen los precios con rachas de alza o de baja, como ocurre con otras ganaderías. Ahora, una vez al mes se marcan los precios en la Lonja de Lérida y puede cambiar mucho de un mes a otro".

Llegados a este punto, que anuncia a su fin, Espartaco debe barruntar que ha llegado el turno de las fotos porque se atusa las plumas y se coloca frente a las cámaras haciendo honor a su nombre y a su condición.



Charo Gutiérrez en la Granja Riojana de Avestruces, en Aldelobos de Ocón.